



# Mons. Octavio Ortiz Arrieta

**E**l 8 de diciembre de 1891 el primer Oratorio Salesiano en tierra peruana abrió sus puertas en un barrio pobre y popular de Lima, capital de Perú. Uno de los primeros que entró en el oratorio del Rimac, un barrio que rebosaba de niños pobres, fue Octavio Ortiz Arrieta, de trece años. Le habían bautizado con el nombre de Octavio porque era el octavo hijo de los nueve que Dios había mandado a Manuel y Benigna Coya, una familia de modestas condiciones económicas, pero rica en fe cristiana.

En octubre de 1892, junto al oratorio los salesianos decidieron abrir una escuela profesional para proporcionar una casa y un futuro a los muchachos más necesitados. Recogieron a 40 chicos. La buena voluntad era grande, pero los locales estrechos.

En diciembre de 1893 también Octavio logró que lo admitieran. Los salesianos eran cuatro, y habían abierto tres talleres: carpintería, sastrería, zapatería. Octavio empezó siendo aprendiz carpintero.

En una agenda, el padre Pane escribió una lista de doce nombres: eran posibles vocaciones salesianas. Entre ellos estaba el aprendiz de sastre Fortunato Chirichigno y el aprendiz de carpintero Octavio Ortiz; ambos llegarían a ser obispos.

Octavio trabajaba bien y rezaba bien. El obispo salesiano mons. Costamagna iba alguna vez a visitar la escuela profesional. Un día, dando vueltas él solo por la casa, entró en la cocina. Los muchachos pasaban por turno para ayudar al cocinero.

En aquel momento, Octavio con un gran cucharón revolvió la sopa, y con la otra sostenía un libro. El obispo se acercó y miró de qué libro se trataba.

Con la cara enrojecida por el hervor de la sopa y por el rubor, Octavio se lo enseñó: era el catecismo. Poco después mons. Costamagna decía al padre Pane: "¿Por qué no le haces estudiar a ese muchacho? En vez de carpintero, podría ser sacerdote."

El 24 de mayo de 1898 Octavio fue aceptado en el noviciado salesiano. El 27 de enero de 1900 se hizo salesiano. 1906. Octavio no es todavía sacerdote, pero el padre Santinello, inspector de los salesianos de Perú, lo manda a fundar una nueva escuela profesional en la ciudad de Piura, en el extremo norte de Perú, a 900 kilómetros de Lima. Octavio cumple su primera 'obediencia' salesiana con madurez y espíritu de sacrificio. Terminado el primer año escolar, Octavio es ordenado sacerdote. Es el 27 de febrero de 1907. El padre Octavio es el primer sacerdote salesiano de Perú.

Después de la obra de Piura, el padre Ortiz es enviado a dirigir las obras salesianas de Cusco y de Callao. Es aquí, mientras se dedica con toda su alma a los jóvenes, donde le llega la obediencia, imprevista del todo, que dará un vuelco a toda su vida. A los cuarenta y dos años es elegido obispo de la lejana diócesis de Chachapoyas, sobre la cordillera de los Andes del Norte.

En ese momento no existe un camino que una Lima con Chachapoyas. El obispo realiza la primera parte del viaje en barco, luego sobre un pequeño tren. Quedan 200 kilómetros en línea recta. El obispo, con dos sacerdotes y dos estudiantes de teología, los recorre parte a lomo de un mulo y parte a pie. Llegan después de un mes.

Mons. Ortiz había conocido hasta este momento la pobreza de los barrios obreros donde había nacido, una pobreza que, con el trabajo y el esfuerzo, se podía vencer. Ahora tuvo que conocer otra pobreza: la de

miles de pueblos indígenas, antiguísima, cristalizada por un sistema de propiedad feudal.

La tierra buena estaba dividida entre las grandes haciendas de los patronos. Cada familia de indios y de mestizos tenía que proporcionar un trabajador a la hacienda durante tres días a la semana. En compensación se le asignaba un pedacito de tierra para uso doméstico.

Mons Ortiz comprendió desde los primeros días que ninguna revolución violenta iba a cambiar la situación: los pobres sufrirían, además de la miseria, también la violencia de las armas. Era necesario levantar con dignidad la voz para abrir los ojos de las autoridades centrales y conseguir todo lo que fuera posible.

Desde el primer año abrió una escuela nocturna para aquellos trabajadores que no habían tenido la posibilidad de instruirse. Puso a disposición los locales del seminario. Más tarde abrió la escuela rural para mujeres y después el colegio nacional de las mujeres. Varias veces el obispo intervino ante el presidente de la república para que se construyesen los caminos necesarios para

poner en comunicación su zona andina con el resto de la nación. Publicó el informativo quincenal El amigo de las familias que, a nivel nacional, dio a conocer los problemas de los pueblos. En 1936 vio realizada otra de las iniciativas que había patrocinado: la electrificación de Chachapoyas y de las zonas vecinas. El mismo año pudo bendecir la primera piedra del nuevo hospital.

Catequesis y predicación, cuidado de los sacerdotes y de las vocaciones fue el trabajo sencillo y sólido de todos sus treinta y siete años de episcopado.

Pero la fatiga más grave y agotadora fueron sus viajes apostólicos. Todo obispo está obligado a la visita pastoral periódica de sus comunidades cristianas. Mons. Ortiz comenzó la visita pastoral a sus mil pueblos entre las intransitables montañas y las húmedas selvas, y la continuó durante 30 años. No descuidó ninguna comunidad por pequeña o por pequeñísima que fuese. Llegaba,

hablaba a todos en la iglesia o en una choza, y se ponía a confesar hasta altas horas de la noche para dar a todos el perdón de Dios. A la mañana siguiente celebraba la santa misa, daba catecismo a los adultos y a los niños, celebraba o regularizaba los matrimonios, se ponía a disposición para escuchar a todos. Al tercer día daba las primeras comuniones y las confirmaciones, entraba en las escuelas, daba la última clase de catecismo hablando de Jesús.

Cuando quedó vacante la sede arzobispal de Lima, el nuncio apostólico en nombre del papa se la ofreció. Mons. Ortiz agradeció y rehusó, diciendo que se había "casado"

con su diócesis, y quería permanecer entre la gente de sus pueblos hasta la muerte.

Y murió en Chachapoyas el primero de marzo de 1958, a los ochenta años. Había sembrado el buen grano del evangelio en su ciudad y en sus mil pueblos. Dios, como y cuando quisiera, lo cosecharía.

**Mons. Ortiz comenzó la visita pastoral a sus mil pueblos entre las intransitables montañas y las húmedas selvas, y la continuó durante 30 años. No descuidó ninguna comunidad por pequeña o por pequeñísima que fuese. Llegaba, hablaba a todos en la iglesia o en una choza, y se ponía a confesar hasta altas horas de la noche para dar a todos el perdón de Dios.**